



Diego Cazzaniga Pesenti. Psicólogo Social y Terapeuta Sexual por la Fundación Sexpol

diegocazz@hotmail.com

De los cuerpos, del poder, de la indeterminación (parte II). Por

Diego Cazzaniga Pesenti

... Pero ¿qué sucede con las nuevas tecnologías?, ¿qué sucede con Internet y el espacio cibernético?, ¿qué sucede con la seducción biotecnológica y la realidad virtual?, ¿aparecen nuevas narrativas en la definición de lo corpóreo?, ¿abandonamos definitivamente la materialidad del *cuerpo*?, ¿nos planteamos la hibridación con la “máquina”? ... ¡Superada la afonía! .

Sucede que un *cuerpo* expresa las disposiciones políticas fundamentales en un grupo étnico determinado, habíamos hablado de ello. En el *cuerpo* estaban inscritos los discursos hegemónicos. Ese era la última revolución en la investigación sociocultural del *cuerpo*. Al tiempo esas muescas textuales nos constituían en seres con identidad, en “yoes”. El yo, sujeto social y *cuerpo* material, orgánico, se constituían ambos en centro de la experiencia al posicionarnos como un nodo en un entramado de discursos, de órdenes sociales, de tramas de texto y significado. Esta es la conciencia de subjetividad, la subjetividad misma...“no tenemos un *cuerpo*, somos un *cuerpo*” (Carlos San Martín).

Sin embargo cierto es también que esa concepción postmoderna de la subjetividad, sujeta a discursos, produce desasosiego cuando la pensamos en extremo. De ahí que se haya hablado de la “crónica de una muerte (ya mas de una) anunciada”...La *muerte del Sujeto* para Roland Barthes, el *fin del Hombre* para Michel Foucault, el *fin de la Historia* para Francis Fukuyama.

Tiene lógica por otra parte. De aquella certeza moderna de la cosa representada y la representación misma siendo dos entes distintos no quedan ni rastros. El pensamiento postmoderno conmina esa separación a cero. Así, entre el *cuerpo* que expresa y lo expresado por el *cuerpo* no hay espacio, ¡son una misma cosa!. Solo hay

una dimensión y es el discurso, el texto, el significado. El mundo es un texto, una interpretación fuera de la cual nada hay que exista de antemano diría Jacques Derrida. Tú me ves y me interpretas, “ lees” mi posición social, mientras yo “ leo” la tuya. Nos interpretamos.

Pero no todo está dicho. Aún hay novedades en la concepción del cuerpo. Más estridencias. Nuestro mundo social esta cambiando (hace tiempo que cambia). Es un cibernundo, a orillas entre la interacción cara a cara y la digitalizada. Órganos tecnológicos, redes cibernéticas, cyborgs (mitad hombre-mitad máquina), globalización comunicacional. Vamos, un mundo de bits y bytes a medio camino entre lo social y lo tecnológico. Desde las investigaciones en realidad virtual, reproducción asistida, implantes y modificaciones corporales hasta los chats, sistemas de comunicación mas allá del espacio y tiempo. Así comienza sin duda alguna este nuevo milenio. Seguro se les viene a la cabeza una peli de Terminator o Matrix. No andan desencaminados. En realidad, si lo pensamos bien este mundo nuestro está plagado de cyborgs. Quien más quien menos tiene algún artilugio tecnológico implantado en el *cuerpo*, un *cuerpo* que por otra parte a veces hasta se vuelve innecesario.

Planteémoslo de otra forma: antes, comentábamos, descubrimos que el *cuerpo* expresaba una subjetividad, era condición indispensable. A cada *cuerpo* le correspondía una identidad (Foucault y Bourdieu). El *cuerpo* era (y es) el objeto del consumo y la producción. El objetivo sociocultural era (y es) descifrar esos textos políticos (capitalistas) inscritos en los *cuerpos* a fuerza de tarjeta de crédito. Producto de la producción y consumo: la tecnología. Pero esa tecnología nos va hibridando, nos va trasformando en cyborgs (cirugías de cambio de sexo, prótesis biotecnológicas, realidades virtuales). Digamos que la tecnología viene a superar la determinación de los *cuerpos*, pero se produce la paradoja: el *cuerpo* cibernético traiciona a la propia tecnología. Se sobrepasa a sí mismo. Se transforma incluso en desechable. Llega un momento en que no sabemos exactamente donde está lo social y dónde lo tecnológico. En la realidad virtual y en la red cibernética el *cuerpo* orgánico, material, aporta limitaciones que el *cuerpo* virtual no tiene.

En cierto sentido lo orgánico de los *cuerpos* parece desvalorizarse dejando de ser un referente definitivo para interpretar el mundo. Se revaloriza sin embargo lo sensorial

sin necesidad de contacto físico. Es una paradoja pero parece ser así. En la sexualidad cibernética, dos *cuerpos* pueden gozarse sin tocarse, sin proximidad física, sin proximidad temporal. Pueden erotizarse desde la fantasía puesto que este nuevo *cuerpo* virtual (hiperrealista) posibilita mayor capacidad de comunicación y de expresión. No necesita del contacto cara a cara.

En la interacción cara a cara solemos utilizar atajos cognitivos (la forma de hablar, la forma de vestir, el corte de pelo...), juicios previos que nos permiten interpretar y definir a los otros. La red cibernética elimina, al menos, esta forma de interpretar. En la red cibernética tú eres tú y yo soy yo pero...¿quién eres tú?, mas aún...¿quién soy yo?. Cuál de todos los yoes con que me presento en cada interacción digital es el “yo auténtico”. ¿El yo negro, el rubio, la gorda, la ingeniera industrial, el napolitano?. Podemos ser todos los yoes que podamos inventar desde las limitaciones que nos marque el entramado discursivo al que pertenezcamos. Muchos autores ven aquí una posibilidad asombrosa de superar la adscripción a discursos de razas, géneros, clases sociales a través de una identificación identitaria difusa, ambigua, fragmentada, que se construye, deconstruye y reconstruye en cada interacción. Antes a cada *cuerpo* le correspondía una identidad, ahora le corresponden miles.

Pero ahora viene lo nuevo...también a cada *cuerpo* le corresponden mil *cuerpos*. En el entramado cibernético, “mi” *cuerpo* es el *cuerpo* que deseo, pero el que deseo en cada fútil interacción digital. En el ciber mundo, el *cuerpo* también se construye y reconstruye en cada frase, en cada respuesta a petición del otro. Nos pedirán y preguntarán a cada “yo” (identidad) que hayamos generado a nuestro gusto cuál es nuestro *cuerpo* en ese instante interactivo. Y nosotros, indagando en los *cuerpos* prototípicos, referenciales, decidiremos cuál es el más adecuado a nuestros deseos en esa simulación dada para definirnos y presentarnos.

La sexualidad cibernética en cierta medida permite que se amplíen las posibilidades sensoriales de personas cuyos *cuerpos* materiales les han supuesto una limitación por las razones que sean en la interacción cara a cara. Esos *cuerpos* virtuales que se derraman eróticamente en la red no están sometidos tampoco al padecimiento de lo orgánico. No hay embarazos, ni Enfermedades de Transmisión Sexual, ni SIDA.

En definitiva, ¿desaparece para siempre la materialidad, la organicidad de los cuerpos con la sociotecnología?. Realmente creo que al menos en estos momentos no. El cuerpo, de una u otra manera, sigue siendo el referente. Emergemos como otros seres

en otro mundo de relaciones digitalizadas, donde podemos escoger cuerpos e identidades, pero no salimos de nuestro cuerpo material, éste seguirá siendo el plano de comparación de los cuerpos virtuales.

Por eso considero que la lectura textual de los cuerpos sigue siendo muy útil sociológica y políticamente, pero hay que adaptarla al cyborg. Generar nuevas formas de interpretar esos discursos inscritos en cuerpos virtuales. Creo que se abre un intenso mundo dentro del mundo que puede, con todas las limitaciones posibles, posibilitarnos un acceso al que para mí es el gran objetivo de la existencia: la libertad. Es sólo una intuición.